



Estaba leyendo esta semana en los “Hechos de los Apóstoles” acerca de cómo Pedro y Juan se metieron en problemas con los líderes del templo. Me llamó la atención esta declaración del “ángel del Señor”: *Ve, párate en el templo y cuéntale a la gente todo el mensaje sobre esta vida. (Hechos 5:20)* ¿Con qué frecuencia pensamos en nuestra fe como una “forma de vida”? Más que eso, ¿qué **significa** “forma de vida”?

El Diccionario de Google lo define como “el patrón típico de comportamiento de una persona o grupo”. Entonces, el “ángel del Señor” (un eufemismo para Dios mismo) les dijo a Pedro y Juan que “dijeran a la gente todo el mensaje acerca de esta forma de vida típica”. Esto me hizo preguntarme a mí mismo qué podría significar una “forma típica” de la vida cristiana. La respuesta, por supuesto, está en los 4 evangelios donde Jesús nos enseña a hacer la voluntad del Padre. Hacer la voluntad del Padre debería ser una forma de vida típica para todos nosotros.

Esto sólo provoca otra pregunta, ¿cómo conocemos la voluntad del Padre para nuestra forma de vida? La respuesta resulta ser Jesús, pero no tanto lo que dijo sino cómo vivió realmente día tras día. Recuerde, Jesús nació como un ser humano y fue como nosotros en todas las cosas. Esto significa que tuvo que crecer como nosotros. Como nosotros, Jesús tuvo que aprender a reconocer a sus padres, abuelos, tías y tíos, vecinos, etc. Tuvo que aprender el bien y el mal a través del “no-no” y el “no te atreves” de los padres y las consecuencias de atreverse. Su relación con sus padres cambió con el tiempo a partir de un niño pequeño, a un adolescente y un adulto maduro. Por difícil que sea, los padres se esfuerzan por ayudar a sus hijos a alcanzar la madurez y contribuir a la sociedad, es decir, al bien común. Jesús pasó por todas esas etapas hasta que alcanzó la madurez.

Jesús fue criado en la “forma de vida” de un judío del primer siglo en Palestina. Pero como adulto escuchó la predicación de Juan el Bautista, quien destacó que los judíos no estaban viviendo la “forma de vida típica” que fue establecido por Dios a través de Moisés y los Profetas. Al elegir entregarse totalmente a Yahvé, Jesús fue “conducido” al desierto donde aprendió cómo se debe vivir la “forma de vida típica” y luego se dispuso a vivirla y predicarla. Los Hechos de los Apóstoles lo ponen en pocas palabras: *él anduvo haciendo el bien* (Hechos 10:38).

La forma de vida que Jesús vivió y luego perfeccionó nos demuestra cómo debe ser nuestra forma de vida en Cristo. Jesús nos llamó a tener una relación con el Padre similar a la de él. Quiere decir que cuando era niño, Jesús se relacionaba con Dios como un niño. Cuando era adolescente, Jesús se relacionó con Dios como adolescente. Como hombre, se relacionó con Dios como adulto. Su relación con Dios evolucionó junto con su naturaleza humana al igual que nuestras propias relaciones. El hombre en Getsemaní que le rogaba al Padre que le quitara esta copa no era el niño de 12 años en el templo. Creció y también hizo su relación con el Padre.

Esta es nuestra guía para el "modelo de comportamiento cristiano típico". A medida que avanzamos por las etapas de la vida, nuestras relaciones con los demás cambian para adaptarse a nuestra etapa de la vida. Cuando tenemos 30 y tantos años, no nos relacionamos con nuestros padres o amigos de la misma manera que lo hacíamos cuando teníamos 12 años. Si un joven de 30 años se relacionara con sus padres como un niño de 12 años, todos lo sabríamos que algo estaba mal.

Y, sin embargo, la relación entre muchos adultos y Dios no ha avanzado más del nivel de la escuela primaria. ¿Cómo podemos esperar manejar los problemas de la mediana edad o la vejez si nuestra relación con Dios no ha madurado más de la adolescencia? El Dios de los padres de un niño con "no-no" y "no te atreves". Esto no puede funcionar para un hombre o mujer maduro. Necesitamos enfrentar al Señor nuestro Dios como seres humanos adultos. Nuestra relación con Dios debe estar a la par de aquellos a quienes amamos.

Cuando estaba en mi adolescencia en la época del Vaticano II, yo tenía una grave oposición a lo que Dios estaba haciendo. En oración, una noche solté mi ira contra Dios. Le dije que *NO* aceptaría algunos de los cambios. ¡Punto! Más o menos un día después, cuando me tranquilicé, le mencioné lo que pasó a mi madre y le dije que tenía miedo a lo que haría Dios porque lo regañé. Su respuesta: sólo nos enojamos con aquellos a quienes amamos; de otra manera, no nos importaría. El amor acepta al otro como es incluso cuando hay conflicto. Después de eso, no tuve ningún problema en discutir con Dios. Por supuesto, Dios siempre gana la discusión, pero al menos sabe cómo me siento realmente.

"Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas". (Deut. 6: 4-7) Este mandamiento de Dios es citado por Jesús en los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas. Sólo los adultos maduros saben vivir una vida de amor. Esto incluye la vida con Dios.

*P. Dionísio*